

gamos sin cesar nuestras armas, dormimos con ellas, y no gozamos ni un solo instante de reposo» (1). Pero los corrillos no tenían el carácter alarmante de insubordinación. Por el contrario, todo el ejército quería á su valiente y activo general, y lo que los descontentos anhelaban era que conociese el disgusto que reinaba en una gran parte de la tropa, para que, comprendiendo que eran justas las quejas, retrocediese á la Villa Rica de la Veracruz. Algunos soldados hubo que, obrando con lealtad y franqueza, se presentaron á él, en nombre de sus compañeros, á exponerle las razones que tenían para desear el abandono de la empresa acometida y pedirle la vuelta á la isla de Cuba.

Eran siete de los que tenían algunos bienes en la Habana.

Al saber el asunto que llevaban, todo el ejército se agolpó al sitio de la conferencia para escuchar la contestación de su general. Los que pretendían retroceder, así como los que deseaban continuar hácia Méjico, se encontraban reunidos. Los primeros anhelaban ver obsequiada su petición; los segundos que fuese rechazada.

Hernán Cortés recibió á los representantes de los descontentos con la afabilidad de un amigo; y lejos de manifestarse ofendido por sus advertencias, les escuchó con atención y dulzura, viendo en ellas, dijo, un consejo que

(1) «Y que ya no podíamos sufrir la carga, cuanto mas muchas sobrecargas, y que andábamos peores que bestias; porque á las bestias que han hecho sus jornadas las quitan las albardas y les dan de comer y reposan, y que nosotros de dia y de noche siempre andábamos cargados de armas».—Bernal Díaz del Castillo. *Historia de la Conquista*.

juzgaban conveniente hacer, y de ninguna manera una ofensiva reconvencción.

Convino en que los sufrimientos del ejército excedían á toda ponderación, y que solamente soldados españoles hubieran podido soportarlos; pero que solo ellos también podían alcanzar la gloria que no consiguieron en los tiempos heroicos, ni griegos ni romanos. Es cierto, añadió, que llevamos constantemente sobre nosotros las armas, sin descansar un momento; pero merced á ellas y á nuestra vigilancia, debemos, después de á Dios, el no haber sido vencidos. Grandes son vuestros sacrificios; pero proporcionada á ellos es también vuestra gloria. Dejar la empresa en estos supremos instantes, sería renunciar al bien anhelado cuando estábamos á punto de alcanzarlo, desdeñar de la constancia y heroicidad proverbiales de los españoles que no hay memoria de que hayan vuelto la espalda en el peligro, cuando se ha tratado de Dios, del rey y de la honra. Como cristianos, estamos obligados á empuñar las armas contra los enemigos de nuestra fé; y al cumplir con esta obligación, alcanzamos la mayor honra y prez que hasta el presente no ha conseguido ninguna otra generación en este mundo, y ganamos para el otro la gloria reservada por Dios á los que mueren por su ley (1). Dar

(1) «Que mirasen que jamás en los españoles en ninguna parte hubo falta, y que estábamos en disposición de ganar para V. M. los mayores reinos y señoríos que había en el mundo. Y, que demás de hacerlo, que como cristianos éramos obligados en puñar contra los enemigos de nuestra fé, y por ello en el otro mundo ganábamos la gloria, y en este conseguíamos el mayor prez y honra que hasta nuestros tiempos ninguna generación ganó». Carta segunda de Cortés á Carlos V.

hoy un paso atrás, sería la ruina de todo el ejército. Los enemigos que hoy nos temen, se lanzarían sobre nosotros; los amigos que dejamos á la espalda, se dispondrían á batirnos para alcanzar el perdón de Moctezuma; y hasta las piedras se levantarían para impedirnos el paso, al ver que, en vez de ser, como nos creen, seres de naturaleza privilegiada, temblábamos ante el peligro, volviéndole la cara (1). Les dijo que él era el primero en admirar el heróico esfuerzo que habían demostrado combatiendo y triunfando contra numerosos y aguerridos ejércitos que les habían cercado, y á los cuales ningún otro soldado del mundo hubiera podido resistir; pero que en las victorias conseguidas, se veía la mano del Sér Supremo que les favorecía; favor que esperaba les siguiese dispensando en lo sucesivo, aunque á su auxilio debían unir el esfuerzo de sus valerosos brazos. Agregó que no debían olvidar que había muchos caballeros y soldados en el real, que anhelaban, celosos de la propagación del Evangelio y del servicio del rey, seguir adelante, puesto que retroceder sería una señal de debilidad y de cobardía indigna de pechos españoles. Muchos peligros os han cercado y cercan, añadió; pero en todos esos peligros no me habreis visto perezoso ni retraído, pues en ellos me he encontrado siempre á vuestro lado (2).

«Y tuvo razón en decirlo, dice el apreciable Bernal Díaz

(1) «Las piedras se levantarían contra nosotros; y como ahora nos tienen por dioses y ídolos, que así nos llaman, nos juzgarían por muy cobardes y de pocas fuerzas».—Bernal Díaz del Castillo.

(2) «Pues en todos estos peligros no me conoceríades tener pereza, que en ellos me hallaba con vuestras mercedes».—Bernal Díaz.

que se halló en la conferencia, porque ciertamente en todas las batallas se hallaba de los primeros».

La manera atenta del general en contestar á las observaciones de los representantes del partido que opinaba por volver á Cuba, alentó á los comisionados á continuar la discusión. Dijeron que era cierto todo lo que el jefe español había manifestado; pero que con otra batalla igual á las anteriores, aun cuando se triunfase, el ejército sería un hospital ambulante de enfermos y de heridos. La corte de Moctezuma, añadieron, es una de las ciudades más fuertes que en estos países se conocen: sus ejércitos mucho más numerosos que los tlaxcaltecas. Pues bien, intentar su conquista con el ejército mermado y enfermo, es ir á una muerte segura.

Disgustado Hernán Cortés de la insistencia de los descontentos, cortó la conferencia, pronunciando, con algún enojo, estas palabras de un popular romance que entonces estaba en boga: «Vale más morir como buenos, que vivir sin honra (1)».

Las palabras del general fueron acogidas con entusiasmo por la mayoría del ejército, que participaba de las ideas del valiente caudillo que le mandaba. La adhesión de los más, manifestada de una manera terminante hacia Cortés, revelando que lejos de abandonar la empresa y á su jefe, estaban resueltos á dar cima á la primera y morir por el segundo, desconcertó á los disidentes, que se retiraron murmurando, en voz baja, de los

(1) Y Cortés respondió, medio enojado, «que valía más morir por buenos, como dicen los cantares, que vivir deshonorados».—Bernal Díaz del Castillo.

cempoaltecas que les habian conducido por Tlaxcala, de Cortés y de los que le eran adictos.

Jamás se ha encontrado general ninguno en las difíciles circunstancias en que se encontraba Hernan Cortés en aquellos instantes. Internado en un país enemigo, lejos de la costa; con numerosos ejércitos tlaxcaltecas al frente y fuertes guarniciones mejicanas á su espalda, que se manifestarian hostiles en el primer instante oportuno; herida y enferma la mayor parte de su corto ejército; heridos y maltratados los doce caballos que quedaban; enfermo él mismo de calenturas, y establecido el descontento en gran parte de sus soldados, la posición en que se veia era excesivamente crítica. El hombre de corazón mas esforzado hubiera desistido de la empresa al tocar lo inverosímil del buen éxito.

Cualquiera otro que no hubiera sido Hernan Cortés, habria abandonado un proyecto que presentaba á cada instante obstáculos que la razon los consideraba insuperables.

Para mí tengo que, á no haber sido él quien se hallaba al frente de la expedicion, no se hubiera realizado, al menos con la poca gente de que disponia, el fabuloso proyecto de llegar á la poderosa corte de Moctezuma. No es fácil reunir en un solo individuo, como se reunian en Cortés, al político, al guerrero, al capitán afable á la vez que enérgico, y al hombre de Estado.

Con esas dotes que le distinguian, no habia amigo que no estuviese dispuesto á sacrificarse por él, ni enemigo que, al tratarle, no dejase de serlo. Los mismos que se habian retirado de la conferencia maldiciéndole interior-

mente, comprendieron que habian andado desacertados; se arrepintieron de su debilidad; cobraron ánimo, «y los atraje á mi propósito y á facer lo que yo deseaba—dice Cortés—que era dar fin en mi demanda comenzada».

Operado el cambio favorable en la opinion de los quejosos, manifestó al ejército el buen resultado de la excursion que acababa de hacer; la promesa de paz y de adhesion de los nobles y caciques; la protesta que habian hecho de enviar al campamento los víveres necesarios, y la seguridad que le habian dado de favorecerle en todo lo que les fuera posible.

El placer se pintó en el semblante de todos al escuchar las nuevas de su general, y el pasado descontento de los que se habian manifestado disidentes, se convirtió en alegría y satisfaccion.